



ROMANCE DE LA DESPEÑADA

María Quintana Silva
Basado en una leyenda de la tradición



Museo del Paloteo
Centro de Interpretación del Folklore



Es nuestro deseo al rememorar este suceso, transformado en leyenda por la tradición, que sirva de punto de partida para la reflexión sobre como determinados contextos históricos y culturales han normalizado la violencia contra las mujeres, un legado indigno que seguimos padeciendo.

ROMANCE DE LA DESPEÑADA

© Texto: **María Quintana Silva**

© Imágenes: **Selene Martín San Antón**

Diseño y dirección: **Arantza Rodrigo Marín**

Edita: **Ayuntamiento de San Pedro de Gállos**
Centro de Intepretación del Folklore

Impreso en España: noviembre 2021

“La despeñada” es uno de los milagros póstumos atribuidos a San Frutos, patrón de Segovia (642-715), un eremita que con sus hermanos Valentín y Engracia, llevó junto al río Duratón una vida de retiro y oración. Del hecho en cuestión nos han llegado varias versiones, una lo sitúa en el año 1225 otra en el 1360, y cuenta como una mujer “muy principal en sangre y linaje”, casada con un hombre “muy destraydo en pecados y vicios de mugeres”, fue empujada por este, movido por la avaricia y los celos, desde lo alto de las peñas con intención de quitarle la vida. Ante las plegarias de la mujer, el Santo intercedió para salvarla.

Fray Juan Calvete en ***Historia de la vida del glorioso y bienaventurado San Frutos*** (s.XVII) se refiere a este milagro, pero antes dedica cuatro páginas de consideraciones previas que ponen de manifiesto entre otras ideas, el menosprecio hacia la mujer que debe ser sumisa al hombre, llegando a justificar en ocasiones el maltrato ante su falta de recato o indisciplina. Más de trescientos años nos separan de estas reflexiones, que hoy nos resultan dolorosamente cercanas. Creo interesante transcribirlas en su totalidad antes de dar paso a nuestro romance.

“De la mujer que despeño su marido por demasiado zelo y sospecha que tenia della, que le hacia

traycion: y del milagro que nuestro señor obro en ella por los merecimientos del señor S. Frutos.

Saludable consejo es que los maridos se guarden de ser con sus vezinos maliciosos y de tener de sus mugeres estremados zelos. Porque dos géneros de gentes veran solamente que son zelosos: los que son muy mal acondicionados: y los que siendo mozos fueron muy traviosos. Tienen por imaginacion los tales, que lo que las mugeres de otros hizieron con ellos, han de hacer sus mugeres con otros; lo qual es grande Vanidad pensarlo, y no pequeña locura decirlo. Porque si ay algunas que son ~~disolutas~~ fáciles y libres: también ay ~~señoras~~ otras muy recatadas. Decir que todas las mugeres son buenas, es sobra de Asficion: decir tambien que todas son malas, es falta de Razon. Basta decir que entre los hombres ay mucho que Reprehender: y entre las mugeres no falta que loar. No tengo yo por malo a la que es vana y liviana: no solo que la pongan en Razon, mas aun le quinten la ocasión: mas esto se entiende, con que no la pongan en tanto estrecho, ni le den tan mala vida, que socolor delaguardar, la traygan a deste pesar. No podemos negar, ~~si no~~ que ay mugeres de tan mala condicion, y de tan ~~in-honesta~~ perversa inclinacion: que ni se corriguen por miedo, ni se enmiendan por castigo; si no que parecen a ver nascido en este mundo, para

lastima de sus maridos, y para afrentar a sus deudos. Por el contrario ay otras muchas mugeres, y muchas, las cuales de su propio natural son de tan limpia condicion, y de tan casta inclinacion, que no parece que nacieron en el mundo, sino para el espejo de toda la Republica y para gloria de toda su parentela.

Digo pues que de quando en quando no es malo cerrarle la puerta, apartala de la ventana negarle alguna salida, quitarle alguna sospechosa compañia: mas esto a de hazer el marido con tan grande cautela, que muestre fiar mas de la bondad que ella tiene, que no en la guarda que le pone. Alabo y apruevo que sean los hombres con sus mugeres cautelosos: mas no tengo por seguro que sean demasiadamente zelosos. Porque son de tal calidad las mugeres que ninguna cosa tanto procuran, como es lo que mucho les vedan. Si el marido tiene de su muger sospecha, debese aprovechar de cautelas no mostrándolo en las palabras: porque si la muger una vez se vee lastimada y afrentada, ella buscara modos y maneras para hazer verdadera la sospecha: y todo, no por el apetito que tenia de ser viciosa, quanto por ver a su corazón del marido vengado. Los descuydos y flaqueza que viere el marido en su muger no es cordura pregonarlas, ni aun luego castigarlas: sino que dellas debe reñir, dellas corregir, dellas avisar, dellas castigar, dellas

atajar, y la mas dellas disimular. Por cuerda y sufrida que sea una muger, solas dos cosas no puede oyr, ni le vasta paciencia para sufrir, ~~combiene a saber,~~ que la tengan por mala de su persona y por fea de su cara. Si no que siendo mala, quiere que la tengan por buena y siendo fea quiere que la alaben por hermosa. Finamente digo y soy de parecer, que ni la trate como zeloso, ni la hable como malicioso: porque muy gran obligación tiene la muger a ser virtuosa, quando el marido haze della gran confianza.

Avia en esta ciudad de segovia (según algunos quieren decir) una señora principal casada con un caballero, el qual por ser demasidamente zeloso, dio en sospechar que su muger le hacia traycion..."

María Quintana ha dado forma de romance a esta historia, la de Inés, sometida a un marido maltratador. Una mujer cuya fe y devoción la salvaron de una muerte segura. Un texto que desde el respeto a las creencias religiosas, pone el foco en esta forma de abuso contra los derechos humanos que es la violencia contra las mujeres.

Arantza Rodrigo

BIBLIOGRAFÍA

- FUENTENEBRO ZAMARRO, F (1998). *San Frutos, Eremita en las Hoces del Duratón*. Madrid.
- FRAY JUAN CALVETE (s.xvii) *Historia de la vida del glorioso y bienaventurado San Frutos*. <http://www.iberamericadigital.net>



ROMANCE DE LA DESPEÑADA

Cuenta una antigua leyenda,
que hace muchos, muchos años,
muy cerca de aquella ermita
se produjo un gran milagro.

La joven Inés venía
de una familia muy rica.

Tenía una gran hacienda:
casas, ganados y fincas.

Pero la riqueza a veces
despierta también la envidia
y va siempre acompañada
de su amiga la malicia.

En el camino de Inés
se cruzó un humilde hidalgo.

La enamoró con mentiras
en lo que dura un verano.

Para alcanzar su fortuna
pronto le pidió la mano.

Ella le correspondió
y así los dos se casaron.

Al convertirse en marido,
el tierno y humilde hidalgo,
se descubrió un holgazán
avaricioso y huraño.

Pero su peor secreto
eran sus inmensos celos
y desconfiaba de Inés
noche y día, todo el tiempo.
Celoso estaba de amigos,
de hermanos, del panadero...
Pensaba que, al igual que él,
perseguián su dinero.
Luego llegaron los gritos,
los insultos y los pleitos.
Los besos se transformaron
en palabras de desprecio.
Como el agua que se aleja
lentamente por el río,
Inés se alejó despacio
de todo ser conocido.
Así pasaba sus días
entre la casa y el huerto.
Dicen que ciega de amor...
Otros dicen que por miedo.
La obsesión de su marido
pronto se volvió locura:
— ¡Sé que me abandonarás,
llevándote tu fortuna!
— ¡Dime solo! ¿Qué he de hacer,
para que puedas creerme
y amarme como al principio?—,
preguntó con voz doliente.
— Solo me fiaré de ti
si a tu riqueza renuncias.
Esa muestra de tu amor
acabará con mi angustia.

— Renunciaré a mi riqueza
si demuestras que me quieres
y todo te entregaré
cuando la muerte me lleve—.

El compromiso de Inés
sosegó cualquier recelo
y la pareja vivió
muy feliz durante un tiempo.

Un día al caer la tarde,
para contentar a Inés,
su marido la invitó
a ver el atardecer:

— Podemos dar un paseo
hasta llegar a la ermita.
Son hermosos los colores
que desde allí se divisan —.

La mujer entusiasmada
se agarró fuerte a su brazo
y los dos se encaminaron
a hacerle visita al santo.

Entre las hoces del río
en un alto acantilado,
la ermita se sonrojaba
bajo el cielo azul rosado.

Y los buitres leonados
observaban bien de cerca
sobrevolando el abismo
hambrientos ya de la cena.



— Tienes razón amor mío
es un hermoso paisaje,
tan mágico atardecer
mis ojos no vieron antes.

— Acércate un poco más, —
sugirió él muy sereno,
— podrás ver mejor la hoz
desde este despeñadero —.

Asaltada por la duda
se encontró de pronto ella
asomándose hacia el valle
desde aquellas altas peñas.

— No tengas miedo, cariño
y agarra fuerte mi mano —,
propuso él vigilando
el paraje despejado.

Al acercarse confiada,
él le retiró la mano
y con un fuerte empujón
la echó precipicio abajo.

Al tiempo que ella caía
al santo le suplicaba
con gritos desgarradores
que la vida le salvara.

Su marido, el muy traidor
huyó lejos, muy, muy lejos,
con la conciencia tranquila
y con los bolsillos llenos.

Los monjes, desde la ermita,
oyendo la voz de alarma
fueron al valle buscando
una mujer despeñada.

Allí encontraron a Inés,
que entre sollozos rezaba:
— ¡Tiene que ser un milagro
pues me encuentro sana y salva!
Y gracias a aquel suceso
que puso luz en su alma
Inés se libró del monstruo
del que estaba enamorada.
Perdió toda su riqueza,
mas recuperó su vida
y al morir la sepultaron
cerca de la vieja ermita,
cuyos muros la recuerdan:
Aquí yace sepultada
una mujer inocente
de su esposo despeñada...

Y la historia se repite
como este cuento de antaño.
Lo que nunca se repite
es el ansiado milagro.





Aún queda mucho por hacer para que la Violencia de Género, en todas sus formas, sea erradicada. Para conseguirlo será necesario sumar esfuerzos en la sensibilización y concienciación de toda la sociedad.

